

Lapso

Eduardo Martos Gómez

Primera edición: 6 de noviembre de 2007.

Segunda edición: 22 de noviembre de 2007.

Diseño de cubierta: Eduardo Martos Gómez.

Fotografía: *Lapso*, Eduardo Martos Gómez.

Obra bajo licencia Creative Commons Reconocimiento-No
comercial-Compartir bajo la misma licencia 2.0 Genérica
<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/2.0/deed.es>

Dedico este libro a mis padres por haberme permitido ser quien soy; a mi hermano por haberme evitado ser quien no debía; a Isa por haberme enseñado quién soy; y a Coco por no haber permitido que olvidara quién soy.

L a p s o

50 palabras

Un joven leía un libro en el que un adolescente asesinaba a sus padres. Cuando casi había terminado, llegaron sus padres y el joven los asesinó.

Se sentó y terminó de leer el relato. Al final, el protagonista cerraba un libro en el que un adolescente asesinaba a sus padres.

Alfa y Omega

La leyenda habla de un ser misterioso que llegó a obtener la omnipotencia. En su calidad de semidiós experimentó la perplejidad de la creación y el placer de la destrucción indiferente. Se concedió la inmortalidad y recluyó su mente en una biblioteca infinita mientras inundaba su cuerpo de efímeros goces materiales. Eligió la biblioteca en lugar del Conocimiento Absoluto, de la intuición total del Universo, por azar o acaso por capricho.

Al cabo de muchos evos decidió interrumpir su reposo espiritual. Las civilizaciones habían evolucionado en su ausencia y ya eran ancianas. Los sabios de la más arcana hablaron al dios:

—Tú eres el principio de todo, tu propia consecuencia. Tu pasado es un sueño que elegiste soñar. Nuestra existencia y estas palabras han sido prefiguradas por tu mente y son porque así lo has

decidido. En el futuro alguien escribirá esta compleja historia que ni aun nosotros podemos entender: tan sólo tú posees la respuesta al enigma de tu existencia. Pero ahora es tiempo para el fin y el comienzo.

El dios despertó y de ese instante surgió el Universo.

Breve luz verde

Oír el crujido de la noche de fondo, con el piano de la *Rapsodia en azul* que vibra en sueños, pensando en lo que se acerca por detrás, y al mirar, en lugar de un monstruo, gravita la sombra de algo sobre las ramas indecisas de los árboles. Las hojas persiguen, con su esparcimiento terrorífico, mi certeza de que ya ningún conjuro puede salvarme, al tiempo que los inesperados violines aniquilan mi calma. Aligerar el paso, como el compás impecable y frágil de la música, adelantaría los misterios que la luz omite y que acoge la espesura viva, y tal vez me impediría medir con claridad el recio *vibrato* de las cuerdas. En cada sombra, en cada nota, se agazapa un miedo equivalente en tamaño y profundidad. En cada paso, en cada cambio, creo haber distorsionado la realidad, o estar huyendo de un infierno voluble, y recuerdo ese otro mito donde el cielo es un ser cubierto de ojos siempre vigilantes. En un claro de luz se asoma un cuerpo

negro que me arrebató el pavor y me desnuda; pero es la sombra de mi cuerpo, que acaso representa otra amenaza. Los eucaliptos adivinan mis temores y difunden su horrenda forma en el viento húmedo; alguien los oirá, alguien que conoce mi nombre secreto, que vendrá desde un lugar remoto. Frente a mí, tan rápido como una de las frenéticas notas del solo de piano final, se alza el miedo, que me contempla inmóvil, conteniendo innumerables intenciones, plagado de no menos formas. Mi mente enferma lo contempla porque sabe qué inútil sería correr de uno mismo. Sin darme cuenta de los últimos pasos, porque las notas sonaban como suspendidas sobre un estanque, he debido de abrir la puerta y ahora advierto que la estoy cerrando; los prolongados tonos finales me acogen sin consuelo. Subo a mi cuarto, seguro ya de que dormiré mi último sueño.

Ciclos

La humanidad ha alcanzado el máximo conocimiento científico y tecnológico; las expresiones del Arte parecen agotadas, y se cree haber resuelto la práctica totalidad de discusiones filosóficas; pero aún queda una: todas las personas, sin excepción, sienten una necesidad vital, esencial; en definitiva, la voz de la especie.

Las mentes del planeta (en esa época, todos los humanos son intelectuales) fatigan las innumerables posibilidades. Finalmente, alguien halla una respuesta satisfactoria, que sus conciudadanos aceptan entusiasmados: la necesidad de la especie humana es regresar al pasado para contemplar su origen, ya que aún no entienden el Tiempo.

Sin dificultad alguna encuentran la forma de viajar a través de los instantes. Cuando llegan al momento prefijado, se descubren a sí mismos como creadores accidentales de la especie humana.

Colapso

Estoy sentado en el sofá. Conscientemente percibo la comodidad de los cojines, la temperatura idónea, el delicioso aspecto de la tapa que acabo de preparar. Entonces, en los confines más remotos del espacio, en límites que ni siquiera podemos atisbar pero cuya distancia, o su sola noción, nos aniquilarían, comienzo a sentir un leve movimiento. Es una aproximación, al principio muy leve, que va creciendo. A su paso va quedando nada. Planetas, estrellas, galaxias, agujeros negros, galaxias, estrellas, planetas, civilizaciones, legados milenarios, memorias infinitas, vacíos interestelares, todo se consume, se disipa tras esa contracción espantosa. Su velocidad es ya inconmensurable. El Universo entero va a desaparecer, y sólo yo lo noto: La gente, en la calle, pasea, ríe, discute. Ni sus ecos perdurarán. Siento cómo se acerca en silencio, cómo me cerca sin remedio, yo, el último centro de todo lo que fue.

El Arca de Noé

El origen de la leyenda del arca de Noé (que católicos y hebreos creen alegórica) es mucho más remoto que el pueblo de Israel: se remonta a la civilización babilónica, que adoraba al dios multiforme Baal.

En el poema de Gilgamesh (redactado o compilado hace cuatro mil años) se cuenta que, durante el Diluvio, Ut-Napishtim (el Noé bíblico) embarcó en una ciclópea nave con su familia y con todas las criaturas vivientes que pudo reunir. Hasta este punto la leyenda es cierta; pero después cuenta que se salvó y obtuvo la inmortalidad de manos del dios Enlil, lo cual es falso.

Los fragmentos de un pergamino tan antiguo como ese poema, que sólo perduran en la memoria de los hombres, relatan la verdadera historia y describen la fundación de Babilonia: Los animales y plantas, una vez en la embarcación y aprovechando la líquida soledad que obligadamente cercaba a Ut-

Napishtim, lo rodearon furtivamente y cayeron sobre él. Los fundadores de Babilonia (y posiblemente de toda civilización) son animales y plantas que, por algún extraño capricho de los dioses, tomaron forma humana al desembarcar.

El fin

Los llamaban *científicos caídos*. Eran personas dedicadas incesantemente a la búsqueda de una solución para la terrible amenaza que se cernía sobre la humanidad. No dormían y apenas comían, pues el tiempo era muy escaso.

La chica encontró a un científico yaciendo en el duro suelo. El amor había sido sustituido por la supervivencia; pero ella no pudo evitarlo: sintió algo por ese joven desconocido. Recordó fugaces épocas de prosperidad que no había vivido; atardeceres rojizos que acaso nadie volvería a contemplar; océanos y campos y vida. Sintió nostalgia y una extraña miel en la lengua. Sin saber por qué, besó al joven científico. Al sentir ese gesto en su cuerpo maltratado, ese hombre vio por primera vez en muchos años: se había olvidado de la vida, de los sentimientos, por una humanidad que no lo merecía. La ciencia les hubiera proporcionado un camino hacia la perfección, y

ahora la usaban como una vil herramienta desesperada.

Tal vez a partir de entonces los científicos retomaron los pocos placeres que aún quedaban. Tal vez la amenaza desapareció de forma misteriosa.

El juego eterno

Un dios fue cegado y abandonado en una cueva infinita. Pasó eones buscando la salida, pero no la encontraba; parecía no existir. Un día, precedido y sucedido por millones de otros días aciagos, recordó que aquella búsqueda formaba parte de un juego ideado por él hacía eternidades; un juego en el que él mismo se cegaba y perdía en una cueva y olvidaba todos sus conocimientos (incluso que era un dios) para recordarlos un día, al cabo de Tiempo encadenado a otros Tiempos.

El mosaico

En un vago sueño, alguien se vio a sí mismo mandando construir un gigantesco mosaico. El dibujo representaba un rostro que no retuvo claramente al despertar.

Durante una exposición de arte antiguo, pudo ver la reproducción a escala de un mosaico idéntico al del sueño, que ahora recordaba nítidamente. Tenía tres mil años de antigüedad y sus diminutas piezas dibujaban su rostro con absoluta precisión.

El mosquito de la conciencia

Un sabio chino estaba hablando de un mosquito cuya picadura robaba la conciencia de quien era afectado por ella. De igual modo la transmitía a otro animal si volvía a picar.

Cuando estaba terminando su lección, se despidió de sus discípulos y les dijo:

—Quizá mañana esté contando esto mismo en Rusia.

Todos quedaron sorprendidos porque no entendieron sus palabras. De pronto, el sabio movió la mano y un extraño mosquito, como jamás habían visto, salió volando de su cuerpo, ya inconsciente.

El templo azteca

A Julio Cortázar

A traído por la orilla opuesta a la que debía alcanzar nadando, salgo a la superficie y contemplo coloridas pinturas sobre el talud que se eleva a pocos pasos del agua. Oigo ruido, me oculto tras los arbustos y espero. Mientras, sin perder nunca la atención, contemplo las hermosas pinturas que representan a un guerrero azteca. Confusos recuerdos me distraen un instante; no, yo no he podido pintar con tanta perfección. Silencioso, asciendo por la rampa de la derecha hacia la superficie del talud de arcilla. Ante mí se prolonga un corredor en fresca penumbra, a cuyos lados se erigen sendos edificios de al menos veinte metros de altura. Un objeto brillante llama mi atención. Me sorprendo, al acercarme, como si no entendiera lo que es, pero instantáneamente reconozco un *disc-man*; me pregunto quién lo habrá abandonado aquí, me pregunto por qué me ha causado tanta extrañeza. De nuevo el ruido. Ahora puedo verlos:

un grupo de excursionistas, debo esconderme. Corro hacia una inmensa puerta de roca que cede, para mi sorpresa, ante la mera presión de mis manos. Entro en una habitación y cierro la puerta. Se hace la oscuridad. Con naturalidad busco el interruptor, que acciono como por instinto. Luces que no son eléctricas comienzan a encenderse con un sonido atronador que me recuerda un millón de horrores y me aterroriza y me excita. Por la propia cualidad de esa luz, la oscuridad se va disipando gradualmente, dejando algunas zonas de la habitación sin iluminar. En ellas perfectamente podría esconderse alguien, a veces una víctima, a veces su cazador, a la espera silenciosa de sorprender o de ser sorprendido. La magnífica soledad del lugar amplifica los gritos imaginados y las visiones de pesadilla. Puedo imaginar persecuciones cruelmente prolongadas, intentos vanos de escapar, terror, pánico... Los excursionistas se acercan riendo y admirando el templo, el Templo de los Sacrificios, sin sospechar que el Guardián los acecha. Ya estoy oculto en la sombra, seguro de que entrarán en la habitación infinita. La sangre golpea con fuerza, y ya no necesito los tambores para concluir el rito.

El último día

A mi madre

O lía a café, así que no sin esfuerzo se levantó, se lavó la cara en el siempre lavabo y bajó al salón, donde sus padres ya habían empezado a desayunar. Su madre le preguntó si quería algo, que se lo hacía en un momento. Desayunaron juntos mientras charlaban como cualquier sábado.

Por la mañana fueron a la piscina, y aunque ya no era un niño, se sintió feliz sabiendo que sus padres lo estaban viendo nadar. Después se tomaron unas cervezas mientras su padre intercalaba lecturas del periódico y del último libro que estaba leyendo. Se sintió profundamente liviano, casi como si no existiera, o como si le diera igual no existir.

Su hermano vino tarde y se metió con él como nadie más sabía hacerlo. Se fueron al agua otra vez y se pasaron el rato reinventando las historias de la infancia.

A la hora de comer llegó su novia, que le dio ánimos para el recital que ofrecería por la tarde. Bromearon con la posibilidad de que se quedara afónico en el último instante. Mientras hablaba con ellos, le pareció curioso ser el centro de atención entre personas tan plenas, tan geniales cada una a su manera.

Cuando llegaron a la sala donde se daba el recital, lo estaban esperando otros familiares y algún que otro amigo. Las palabras fueron breves y cómodas, empujándolo levemente hacia el atril al que ya se dirigían todas las miradas. Sintió los nervios de la primera vez y recordó que hace años fue un joven lleno de complejos cuya mano, que sostenía una hoja manuscrita con algunos poemas sinceros, temblaba incontrolable. El recital, que se esperaba soporífero, fue directo y brutal, carente de palabras y lleno de sensaciones extremas. Durante casi una hora fue joven de corazón, y el auditorio se lo agradeció con una ovación sostenida.

Después fue a cenar con la familia y los amigos que aún le quedaban. Como pudo esquivó los elogios, que tanto le molestaban, e intentó desviar la conversación hacia los demás o incluso hacia asuntos triviales.

Esa noche se acostó con la sensación de un día perfecto, sin complicaciones, como hubiera deseado todos los días. El sol de la mañana siguiente no lo despertó. Tampoco olía a café. Nadie podría hacerlo. La casa estaba sola, casi deshabitada

excepto por su presencia. El día entero había sido un sueño que lo llevó al otro sueño. Acaso nunca tuvo ese día, que desde hace años le faltaba sin saberlo. Pero para él había sido auténtico, había estado vivo en sus lentas horas, se había reencontrado con las personas a las que quiso, había hecho lo que deseaba. Para nadie más que para él fue el último día.

Elisa

A mi padre

Fuimos al campo.

Elisa siempre ha sido una mujer muy vital, amante de la naturaleza. Cuando la conocí estaba danzando en un jardín asilvestrado que formaba parte de la mansión de un amigo común.

Tras el almuerzo nos tumbamos y nos abandonamos a un placentero sueño. Despertamos en mitad de una tormenta brutal. Casualmente nos habíamos resguardado en una pequeña cueva que nos protegió del temporal. No me considero un experto en el clima, pero mi experiencia me decía que una tormenta como aquélla no sucede todos los años. Me asomé y vi cómo se acercaba por el Norte un frente aún más oscuro.

Vagamente recuerdo lo que vino después. Le grité a Elisa que me siguiera sin detenerse y caminé durante horas con apenas un metro de visibilidad. Creo que me desmayé.

Cuando abrí los ojos estaba en un hospital. Todo era blanco y aséptico, preñado el ambiente de ese particular olor a formol. La convalecencia duró poco y nuestra casa pronto volvió a estar habitada. Desde entonces comencé a experimentar una sensación harto insistente, similar a la ansiedad que provoca el olvido de algo importante; me invadía cada vez que dormía, cuando almorzaba y cuando paseaba.

Mi vida transcurría sin sobresaltos, de un modo corriente, pero siempre rodeada por el halo de un recuerdo incompleto. Durante una cena con mis amigos, por ejemplo, una extraña velada donde nadie parecía ser quien era en realidad, esa sensación se me antojó más intensa.

Diez años después tuve un sueño en el que me veía rodeado de nieve y árboles, perdido en medio de un bosque inmenso y hostil. Desperté y subí al coche con el sabor de aquella visión en la boca. En la radio dijeron que hacía una década que no nevaba de esa manera. En poco más de dos horas estaba caminando por un sendero apenas conocido. La nieve caía con fuerza y el viento me hacía tambalear. Asustado y confuso, entré en una cueva no demasiado amplia. En un instante lo entendí todo. Entendí la sensación inexplicable, la actitud de mis amigos aquella noche... Convenientemente había olvidado la conversación que mantuve con la policía en el hospital: Me preguntaron con urgencia la ubicación de la cueva donde nos habíamos

cobijado, pero no conseguí recordar. Todo respondía a lo que tenía enfrente: el cadáver de Elisa, olvidada y corrupta durante años en su amada naturaleza.

Esperando

Subimos a la habitación, la puerta no abre. Estas tarjetas modernas son un incordio moderno. Baja mi novia a recepción para que le den otra. Yo me quedo con las maletas, esperando. Pasan 10, 15 minutos esperando. Como los móviles nos salvan la vida, la llamo y me dice que hay un problema, que siga esperando. Pasan otros 10, otros 15 minutos esperando. Llama ella. No tenemos reserva, no consta. ¡Pero si nos acaban de dar la llave! Tiene que estar, la hicimos hace una semana. Van a intentar arreglarlo. Pero vuelven a pasar 10, 15 minutos esperando. En la parte inferior del marco de la puerta, escrito con rotulador negro, un 37. La llamo otra vez. Contesta una voz de mujer, pero no es mi novia, nunca lo ha sido, tiene ese número desde hace dos años. Y sí, no es su voz, pero sí su número. Pido disculpas y vuelvo a llamar. Desde la memoria del teléfono, como siempre. Y otra vez la misma voz, y disculpe, no la

volveré a molestar, será un cruce de líneas. Bajo apresurado a buscarla. En recepción no está, no saben dónde está, dicen no haberme visto nunca, a ella tampoco. Desesperado, llamo a mi hermano. Contesta otra voz. Cuelgo. Suena el móvil, número oculto. Es la voz de mi novia, pero no consigo entender lo que dice. De pronto habla otra voz que no es de hombre ni de mujer, que me dice ten paciencia, no seas tan nervioso, ten paciencia y sigue esperando.

Hormigas

He salido a pasear y sin querer he pisado un enorme hormiguero en el descampado cercano a mi casa. Las hormigas, cuyos pasos sobre la hierba se oían a distancia, no han tardado en subir por mi pierna para investigarla. Nervioso, me he sacudido y he salido corriendo.

Antes de dormir recuerdo el incidente con los agresivos insectos; al llegar a casa todavía quedaban algunos mordiéndome con ira, quizá porque notaban la lejanía de su hogar.

He tenido extrañas pesadillas con hormigas gigantes que me perseguían y con otras tan ínfimas que no podía matarlas. Despierto sudando y con una extraña sensación en las piernas. Al levantar sábanas y mantas descubro que de ellas sólo quedan los huesos. Miles de hormigas devoran sin descanso el resto de mi cuerpo mientras otras construyen, en mitad de mi cuarto, un hormiguero gigante.

La cosa

A caso por el calor excesivo, por una desconocida reacción corporal, o por alguna causa inexplicable, su cuerpo se convirtió por completo en agua mientras dormía, empapando las sábanas. Por la mañana, cuando su madre fue a despertarlo, sólo encontró el cerco de humedad y las lavó.

Pasaron días sin que nadie se preocupara por la súbita desaparición del hijo mayor.

Una tarde casi anochecida sonó el timbre. Al abrir la puerta, una deforme criatura de carne y arterias y cartílagos y huesos visibles se tambaleó y entró en la casa ante el silencio, asombro y repugnancia de la familia. Un olor putrefacto inundó la entrada. El innominable ser miró con ojos ensangrentados, uno en lo que alguna vez debió de ser la frente, y otro en la mejilla, bajo un orificio que tenía que ser la boca; miró a la familia y emitió un sonido inexplicable y terrible, ajeno a la

sensibilidad humana, procedente de las pesadillas y los infiernos. Algo después habló sin dientes, que estaban repartidos por sus múltiples miembros incompletos; se dirigió a la madre, murmurando torpemente:

—Tuberías, cloacas... Mamá, ¿por qué me metiste en la lavadora?

La cucaracha egipcia

A H.P. Lovecraft

Había soñado con cucarachas la noche anterior. Eran, quizá, las dos de la madrugada cuando me acerqué a una alcantarilla que despedía, a causa del calor, un olor repugnante. Entre las anchas rejillas de la tapa se asomaban decenas de cucarachas de largas antenas, animadas por la temperatura. La noche siguiente, sobre la misma hora, me asomé de nuevo y allí estaban otra vez aquellos insectos; creo que había soñado con ellos otra vez.

El recuerdo nebuloso de un lugar acaso conocido me obsesionó hasta que estuve allí. Era un barrio de mi azar cotidiano, donde había estado justo antes de ver las cucarachas. Dentro de un portal había cajas; algunas recordaban la forma de un sarcófago. Recordé que en el siguiente había unas iguales desde la semana anterior. Ningún vecino sabía de quién eran; tampoco se estaba

mudando nadie. Entré en el segundo portal y, al mirar las cajas, sobre todo una honda y alargada, me sentí forzado a entrar en el piso 4º C.

El interior era sobrio y, por el exceso de objetos, daba sensación de ser más reducido. El simple hecho de mirarlos me causaba un terror irracional e instintivo. El dibujo de una cucaracha sobre un espejo elíptico llamó mi atención; era una cucaracha roja, como las de mis sueños y las cloacas. Tenía marcadas unas raras inscripciones. Al pasar la vista, sin leer, sobre sus trazos, recordé, como un vago sueño, largos viajes a través de ciudades y desiertos, siempre acompañado por cucarachas, y la penosa travesía de un estrecho marítimo; algo me perseguía constantemente. Apenas pude leer las inscripciones: Una secta, un cementerio ubicuo... Oí un ruido detrás y se cerró la puerta. Tuve tiempo de vislumbrar una sombra en el espejo antes de saber que la persecución había terminado.

Lápida

Jorge paseaba por el cementerio y en una de las lápidas vio grabado su nombre. Fue tal su pavor que se marchó de la ciudad, y en su testamento dejó dicho que nunca sería enterrado allí.

En su nueva ciudad fue un hombre muy célebre y querido. Mientras tanto, sus familiares y su albacea murieron y se perdió el testamento. Al morir, debido a la destrucción del cementerio local, fue el primero en ser trasladado a otro lugar. Como muestra de respeto, fue enterrado en su ciudad natal, en la misma lápida ante la que, de joven, se había detenido asombrado.

Los detalles inmutables

A mi hermano

Paseo, como ya es habitual, por Nervión. Los escaparates, las losas, la brisa, incluso la gente, parecen iguales cada tarde, inmutables o ligeramente distintos, pero sin cambios fundamentales. Yo me distingo de ellos porque me doy cuenta de esa continuidad... O tal vez no, tal vez los demás piensan lo mismo. Miro alrededor: algunas personas que pueden estar pensando en la constancia de los detalles, de momento sólo unos pocos. Me detengo, sigo observando: el número se multiplica incesantemente, cada vez son más los que pueden estar pensando en lo mismo que yo, son demasiados, como un mar que me rodea antes de engullirme, un mar donde perderé mi identidad, donde me convertiré en parte del mar. Sin una frontera, sin un límite definido, me voy sumiendo en la resignación de ser otro elemento inmutable, esencialmente idéntico a los demás.

De pronto una diferencia brutal desgarró ese tejido homogéneo, liberando mi mente del incierto cristal que la apesaba. Es un hombre con sombrero, un elegante sombrero negro con cinta azul, algo inusual en estos tiempos. Sigo su trayectoria con la mirada, perplejo y agradecido por su inconsciente gesto de ayuda. Ahora, convencido de que no todo el mundo piensa lo mismo, de que mi originalidad y mi libertad están a salvo, reanudo el paseo y respiro aliviado.

Una mirada furtiva me descubre otro hombre con sombrero, esta vez de color pardo y de ala ancha. Siento una gran satisfacción por haber asistido a esta casualidad, la suerte de admiración que me invade cuando contemplo los misterios de la existencia. La casualidad comienza a curvarse al cruzarse una mujer con el rostro parcialmente cubierto por una pluma que parte de su amplio sombrero. Por un instante me pierdo en su laberinto cromático. Alzo la vista y observo, aterrado, que todo el mundo lleva sombrero. Los hombres llevan sombreros de copa, bombines y sombreros de ala ancha; las mujeres, exóticos diseños de París, remembranzas de la naturaleza, motivos florales; los niños, sombreritos de marinero y diminutas réplicas de los ejemplares adultos; incluso los bebés están cubiertos con serios sombreros negros, grises, marrones. Los hombres, al pasar, levantan su sombrero, saludando. Una horrible sensación de soledad me invade: ya no soy distinto en secreto,

ahora soy evidentemente una parte ajena a esta calle, a este mundo. La gente me mira extrañada. Me llevo las manos a la cabeza y siento un tacto rugoso pero agradable. Sin asombro entiendo que es un sombrero. No sé cómo ha llegado a mi cabeza, pero ahora formo parte de este orbe absurdo. Intento concluir mi paseo, intento levantar mi sombrero para responder a los saludos, pero el sombrero está pegado a la cabeza como si formara parte de ella. A pesar del sombrero, las miradas hacia mí siguen siendo de estupor y desconfianza. Vagamente me resigno y camino en una de las múltiples direcciones que llevan a destinos idénticos, y acabo confundiéndome con la multitud de sombreros que ya debe haber ocupado todas las calles, todos los países, todas las ciudades.

Manos

Mientras fregaba los platos, su hermano se acercó a la encimera y dejó encima algunos vasos con una mano, un plato con la otra. Contó diez vasos gruesos y por primera vez notó que su hermano, al igual que ahora, siempre llevaba las manos en los bolsillos.

Olvido

— «Ojalá pudiéramos habitar la Luna algún día...».

—¿Qué lees?

—*Viejas leyendas de la vida en la Tierra.*

Pelos en la alfombra

A Isa

Hace muchos años miró la alfombra del cuarto de baño. Vio que tenía pelos y decidió quitarlos todos para dejarla completamente limpia. La alfombra era de líneas multicolor. Blancas, amarillas, naranjas, marrones... La dividió en cuatro sectores, que recorría con la vista en busca de los pelos. Los había largos, cortos, gruesos y finos. Los más grandes cayeron rápidamente, pero los otros eran difíciles de distinguir. Se vio como un halcón sobrevolando un campo de trigo lleno de ratones. En las cuatro primeras pasadas retiró la mayor parte de los pelos, pero en la quinta comprobó que había muchos de pequeño tamaño. Llevaba dos horas limpiando la alfombra cuando su mujer lo avisó para comer. Hizo caso omiso y siguió con su noble tarea. Por la noche, aburrida, su mujer se acostó sola y lo dejó quitando los pelos de la alfombra. Le dolían los ojos y el cuello, pero cada vez que creía haber terminado, otro pelo humano

aparecía entre los engañosos pelos artificiales de la alfombra. Pensó que no iba a terminar nunca. Al día siguiente continuó con los pelos. Oyó a su mujer protestar y discutir en la lejanía, a pesar de que estaba en la puerta del baño. Una semana después, la sufrida esposa lo había abandonado tras sus infructuosos intentos para que su marido dejara la alfombra y volviera con ella. Súplicas, razones y llantos no sirvieron, fundamentalmente porque él no los oyó. El teléfono sonaba como el árbol que cae en el bosque sin que nadie lo oiga y tal, y mientras él seguía a lo suyo, que era quitar pelos de la alfombra. En un momento difuso de lucidez advirtió que ya no llevaba la cuenta del tiempo. Hacía mucho que el teléfono había dejado de sonar, y sus manos habían perdido fuerza. La sed le atenazaba la garganta porque apenas se acercaba al grifo para beber tímidamente. La barba le molestaba, rozándole el pecho según como colocaba la cabeza. El polvo lo inundaba todo. Ya no parecía un campo lleno de ratones, sino un mediocre panteón que esperaba pacientemente su cadáver. No se sabe cuándo dejó de escucharse el monótono sonido de sus dedos como tenazas, de los pelos cayendo al suelo.

Poder

Sin tiempo para acelerar o para girar el volante, una onda expansiva lo arrolla como a otros coches que circulan por esa calle tenue y en la noche. Justo antes de sucumbir ve, sin asombro, la sorpresa en los ojos de un peatón que lo mira fijamente.

De aquel hombre que murió tal vez no queda nada, pero alguien pasea por la misma calle del suceso. Piensa que algo le molesta; le gustaría caminar solo por la calle, sin las estúpidas miradas de gente que no debería estar. Pasea intentando parecer ajeno, en sus cosas, pero las miradas no dejan de posarse en su espalda, lo persiguen, asfixian su interior y lo colman, y ya sólo le queda un exterior lleno de miradas inconscientes y perpetuas. Le hubiera gustado seguir pensando en sus inquietudes, en sus azares, pero de nuevo la sensación de ser mirado. Ahora le gustaría ser un asesino y aniquilar esas miradas; los ojos no le

importan, sólo las miradas. Ser Dios no es admisible porque también sería las miradas. No, mejor prefiere ser un mago, un brujo, y sacrificarlas mediante un conjuro. Eso es, un brujo sanguinario y poderoso, ávido de miradas. En ese instante glorioso, el peso de todas las miradas es ya insoportable; alza la mano y grita sin palabras. De alguna parte surge una fuerza que barre la calle en todas direcciones. Varios coches salen volando y son aplastados en el aire. Uno de ellos le resulta familiar: es el suyo, y es él, que se mira a los ojos sin asombro, quien lo conduce.

Rincones de casa

Algunas personas han desaparecido en su propia casa sin dejar rastro. Es el caso de mi amigo Julio Burgos; una tarde, estando yo de visita, pasó a la cocina (cuya única salida es una ventana enrejada), y tras cinco minutos de ausencia, su hermana y yo comprobamos que de él sólo quedaba un zapato desatado.

Las escaleras contienen, a veces, puertas a otras dimensiones. Hay quien ha visto playas reflejadas en un escalón; algunos han visto su muerte, y los menos, algo que los hizo enmudecer para siempre.

En la cama siempre se esconde algo que se oculta cuando la destapamos. Es muy rápido, pero con agudeza y atención es posible atisbar sombras de su cuerpo.

Si estando solos en casa, suena el timbre y oímos una voz cerca de nosotros, y al acercarnos a la puerta los cerrojos (que hace rato abrimos) están cerrados, no hay nada en el mundo que pueda salvarnos de lo que sucederá segundos después.

A veces los perros ladran, con el rabo entre las patas, hacia un rincón vacío de la casa; los gatos se retiran y observan con el lomo erizado. Al cruzar esa zona se siente un escalofrío por la espalda y se sabe que hay nuevos inquilinos.

Los sueños y pesadillas cuyo escenario es la casa propia son premoniciones de escenas que han de suceder, están sucediendo o han acontecido, incluso antes de que la casa estuviese habitada.

Si a medianoche nos incorporamos por el sobresalto de una pesadilla, al volver a acostarnos asumimos, por inercia, que encontraremos la almohada y no otra cosa.

Un titular de sucesos

Alguien despierta y lee su muerte en un titular de sucesos del diario matinal, desacostumbradamente depositado frente a la puerta principal de su casa y llamativamente abierto por esta sección. Sale a la calle. En principio familiares y amigos, al rato desconocidos y sombras, intentan convencerlo de que él no debería estar vivo. Piensa en pesadillas, bromas macabras, pero el tiempo pasa, el día pasa, llega la noche y ya han comenzado a ignorarlo; en las tiendas no lo miran, no lo atienden. Aturdido por el largo paseo y por la muerte pegajosa que cree estar sintiendo realmente, vuelve a su casa y relee la noticia:

«Desaparecido el día 23 de septiembre y hallado muerto sin causa aparente en su apartamento a las 22:00 del mismo día.»

El reloj de pulsera no es clemente, no lo consuela, no lo engaña: son las 21:57 y es 23 de septiembre.

Una herida

No presta demasiada atención a una herida que tiene en la pierna. Lentamente, sin advertir movimiento, descubre que su visión se está adentrando en la herida; ve tendones, capilares e incluso las células que los componen. En un instante confuso surge una nueva imagen: la observación de la herida, tal y como sucedió al principio. El proceso se repite millones de veces.

Atormentado por esa visión incesante, mueve la cabeza y fija la vista en otro punto. Durante unos segundos ve un espejo; después contempla el infinito.

Vida de pobre

La ruina cayó sobre un hombre rico, que perdió riquezas y sirvientes. Sin embargo, durante una semana soñó que seguía siendo rico. Su fortuna aumentaba con cada sueño, así que el séptimo día pidió a sus familiares que no lo despertaran.

En el sueño de rico se durmió y durante una semana soñó que era pobre. El cariño hacia sus familiares aumentaba cada día, así que el séptimo día ordenó a sus sirvientes que no lo despertasen.

Pero aun sin haber sido interrumpido, despertó. De nuevo era pobre. Al preguntar a sus familiares, supo que acababa de amanecer el octavo día de su vida de pobre.

N o t a s

Nota del autor

Cada persona es un conjunto de distintas etapas. Al final de una vida, el mismo nombre habrá tenido muchos habitantes, que a veces no se reconocen mutuamente, que se olvidan con el paso de los años. El que fui hace tiempo no habría consentido este libro. No creía en la publicación, escribía para sí mismo y a veces tenía la vaga esperanza de ser leído de forma póstuma, cuando ya nadie le reprochara sus faltas. Creo que la inseguridad y el romanticismo adolescente le impedían entender la verdad: que un libro no es sin lector. Acaso el que venga después me desmentirá como yo hago con mi predecesor. Por eso, porque mi tiempo es breve, publico este libro ahora.

Lapso no sólo refleja nuestra propia brevedad, sino también la de nuestra realidad. En todas partes nos acecha la prisa, el frenetismo, lo efímero. Leemos titulares en lugar de noticias, y mientras estamos reflexionando en su contenido, ya hemos comenzado con el siguiente. Por experiencia propia conozco la incomodidad de leer novelas y otros

textos de cierto peso en los cortos y atropellados trayectos urbanos, en las esperas descafeinadas, en la soledad abarrotada... La mayoría de los relatos que entrego a este libro han sido escritos en el autobús (en la perdida línea 70 de Sevilla), así que pueden ser leídos entre dos paradas.

Por primera vez he sentido la perplejidad, como si fuera algo nuevo, de hacer algo tan milenario como publicar un libro, que se agregará al Universo como un objeto más. Pero mi deseo quedaría incompleto si no pasara a formar parte de tu infatigable biblioteca personal, cuyas estanterías se extienden prodigiosamente a lo largo de tu memoria. Te corresponde a ti, que habitas en mi futuro, que lees el libro y no este folio manuscrito que tengo ante mis ojos, juzgar si mis palabras, ese vehículo que nos une, hacen justicia a mis intenciones.

Autoedición

Puede que hayas obtenido este libro a través de Lulu.com, que lo hayas comprado en alguna tienda virtual, o bien que sea un préstamo o un regalo. Sólo en el primer caso es probable que sepas que este libro es una autoedición. Quizá esta palabra no te dice gran cosa, pero en realidad habla de una revolución similar a la imprenta.

La primera vez que publiqué un libro, me reuní con otros cuatro autores y sacamos una sola tirada de 50 ejemplares, que nos costó 50.000 pesetas. Cada uno de nosotros compró 10 libros, que regalamos a amigos y familiares. Fue una mera anécdota que no obstante me ha permitido comprender, años después, la diferencia abismal que existe entre el modelo tradicional de edición y la autoedición.

Todo lo que ves aquí, desde la portada hasta el tamaño, pasando por correcciones, revisiones y maquetación, es obra de muchas horas de aprendizaje que median entre la intención y el

hecho de publicar. Antes, esa palabra era para mí compartir unas líneas con el público, algo similar a lo que se hace en un blog. Ahora valoro el esfuerzo de la edición, que debe cuidar cada detalle para que el libro no sea un fracaso.

Lulu.com se encarga de la distribución, imprimiendo el libro y enviándolo al comprador, o bien ofreciendo para descarga su versión digital. Gracias a la impresión bajo demanda, no tengo que gastar nada para que el libro sea distribuido. No es difícil darse cuenta de las puertas que abre este sistema. Creadores de todo el mundo que veían limitadas sus posibilidades de publicación por motivos económicos, ahora pueden dar el salto a un escaparate mundial. Ya no es imprescindible ganar un premio o tener buenas amistades para poder ser leído.

En la página de *Lapso*, <http://el-aleph.es/lapso>, encontrarás información útil sobre la publicación de este libro, artículos de opinión, los relatos en audio y cualquier idea que se nos ocurra a los lectores, a ti o a mí.

Comparto esta información contigo porque tal vez eres un escritor con material para publicar y mucho desencanto hacia las editoriales de toda la vida. Espero que esta nota te anime a salir de la sombra, a buscar tu lugar en este nuevo siglo de las luces.

Índice

50 palabras	7
Alfa y Omega	8
Breve luz verde	10
Ciclos	12
Colapso	13
El Arca de Noé.....	14
El fin	16
El juego eterno.....	18
El mosaico	19
El mosquito de la conciencia.....	20
El templo azteca	21
El último día.....	23
Elisa.....	26
Esperando.....	29

Hormigas.....	31
La cosa	32
La cucaracha egipcia	34
Los detalles inmutables	37
Manos.....	40
Olvido	41
Pelos en la alfombra	42
Poder.....	44
Rincones de casa.....	46
Un titular de sucesos	48
Una herida.....	49
Vida de pobre	50
Nota del autor.....	53
Autoedición.....	55

El Aleph

<http://el-aleph.es>

<http://el-aleph.es/lapso>

